

El Ministerio de la Reconciliación

"Y todo esto procede de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; a saber, que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones, y nos ha encomendado a nosotros la palabra de la reconciliación. Por tanto, somos embajadores de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; en nombre de Cristo os rogamos: ¡Reconciliaos con Dios!" **2 Corintios 5:18-20**

Primera y segunda a los Corintios son dos joyas de la literatura paulina de extrema importancia para la iglesia en nuestros días, sin lugar a dudas la enseñanza que encontramos en ellas son de gran actualidad en nuestro contexto y para entender el mensaje del Apóstol para esta congregación nos resulta necesario hacer la conexión entre ambas cartas. En la primera epístola Pablo atiende y corrige problemas de orden moral (1 Corintios 5), problemas matrimoniales (1 Corintios 7), divisiones y rivalidades en la congregación (1 Corintios 11) y el mal empleo de los dones espirituales (1 Corintios 12), entre otros; San Pablo llega así al clímax de su primera carta con la expresión, "ahora yo os muestro un camino mejor" ¿Cuál es este camino? No es otro que el camino del amor cristiano (1 Corintios 13). La Segunda Epístola a los Corintios es un palpable testimonio de amor pastoral del Apóstol a los gentiles, ante una congregación desenfocada y desorientada del propósito de Dios para ellos a causa del pecado, llegando incluso al extremo de menospreciar y desacreditar al ministro que Dios usó para conducirlos a Cristo, al propio Pablo.

Al igual que los corintios, hoy hay muchos creyentes, líderes cristianos y congregaciones que no han entendido en qué consiste el ministerio cristiano, cuál es el propósito de Dios para nosotros en Cristo y cuáles son las consecuencias prácticas de nuestra fe en la vida cotidiana y en la vida de la iglesia. Muchos creen que el ministerio cristiano es algún tipo de poder político, otros incluso lo asocian a experiencias extrasensoriales de tipo esotéricas, otros "ministros" se perciben así mismos como psicólogos motivadores que orientan a los cristianos para tener una vida más próspera económicamente y que por cierto deben pagarles su respectiva cuota mensual, no faltan aquellos que piensan que ser un ministro de Cristo no es otra cosa que ser un experto en ritos y actividades religiosas exclusivamente,

sus vidas cristianas están confinadas a las cuatro paredes del templo, así podemos hacer una extensa lista de todas las formas en las que muchos de los llamados líderes cristianos entienden su tarea y labor, pero, ¿En qué consiste entonces el ministerio cristiano? Escuchemos la voz de un ministro autorizado por Cristo mismo, escuchemos a continuación a San Pablo de acuerdo a los versículos que encabezan el presente ensayo.

(V. 18) “Y todo esto procede de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación”. ¿Qué quiere decir Pablo con la frase todo esto proviene de Dios? ¿Qué es “todo esto”? La respuesta la encontramos en el verso anterior, “de modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es”, en palabras de Charles Hodge, “se refiere a la nueva creación experimentada por quienes están en Cristo, esta es de Dios, procede de Él como causa eficiente. Es su obra. Dios realiza la gran revolución moral y espiritual, al reconciliarnos consigo mismo. El sufijo nos no se ha de limitar al apóstol; en primer lugar, porque la reconciliación citada no es algo peculiar a él; y en segundo lugar, porque el cambio o nueva creación efectuado por esta reconciliación, pertenece a todos los que están en Cristo (Hodge, 2000)”.

Ahora bien el texto nos habla de que debido a la obra de Dios efectuada en nuestras vidas como cristianos haciéndonos unas nuevas criaturas él nos reconcilió consigo mismos, ¿Reconciliarnos? ¿Estábamos enemistados con Dios? Esto es precisamente lo que declaran las Escrituras, en Romanos 5:10 leemos: “Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida”. Así pues, no es necesario hacer un gran esfuerzo para darnos cuenta del estado de enemistad en que se encuentra el hombre fuera de Cristo, es suficiente con dar una mirada rápida a la historia de la humanidad, leer la prensa o asumir de forma sincera nuestra vida en relación con nuestro prójimo. Así pues, un evidente acto de rebelión y enemistad contra Dios es el masoquismo autodestructivo que practicamos fuera de Cristo o lo pronto y ligeros que en este estado somos para hacerle daño a otros, una expresión de enemistad contra Dios palpable y latente se encuentra en la disposición a dañar a los seres que Dios estableció como la corona de su creación, a su especial tesoro, es decir al ser humano, sea a nosotros mismos o a algún otro.

De esta forma observamos que el ministerio de la reconciliación se desprende de encontrarse en un estado de paz con Dios. Nuestra guerra contra nuestro prójimo no se apagará nunca si primero no se apaga la guerra que hay en nuestro corazón contra Dios, guerra que se expresa de muchas formas, pero que el fin siempre es el mismo, el daño y destrucción que ejercemos cuando estamos fuera de Cristo contra todo lo que Dios creó y dispuso especialmente contra el ser humano. ¿Qué somos sin Dios? No somos más que guías ciegos en camino a nuestra propia destrucción. Por esto es Dios, "quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo", Él tomó la iniciativa, Él vino en nuestra búsqueda y para hallarnos envió a su Hijo Jesucristo, así al reconciliarnos consigo mismo por medio de la obra perfecta de Cristo nos hizo ministros de la reconciliación.

(V. 19) "a saber, que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones, y nos ha encomendado a nosotros la palabra de la reconciliación". "Merece la pena anotar... que los eruditos prefieren... *Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo*. La razón de esta preferencia se debe a que esta versión muestra una acción continua, por medio del tiempo pretérito del verbo *ser/estar* y del participio en tiempo presente... La frase *en Cristo* se refiere a la muerte y resurrección de Jesús (véanse los vv. 14-15). Por la obra expiatoria de Cristo, Dios continúa reconciliando a la gente consigo mismo, como Pablo indica al usar el tiempo presente del participio griego *reconciliando*. En otras palabras, la reconciliación del mundo tiene lugar en y por medio de Cristo, en una actividad incesante (Kistemaker, 1997)".

Como hemos visto, en primera instancia para ser ministros de la reconciliación necesitamos ser unas nuevas criaturas, en palabras de nuestro Señor, "No te maravilles de que te dije: os es necesario nacer de nuevo (Juan 3:7)". Esta es la vida cristiana, el crecimiento de un nacido del Espíritu, una nueva criatura que está siendo santificada y restaurada por la obra soberana del Espíritu Santo que nos es otorgada por la Sola Gracia mediante la Sola Fe en el único sacrificio perfecto, el sacrificio de nuestro Señor. Cristo nuestro redentor pagó con su vida inocente, su sacrificio perfecto, su resurrección victoriosa y su ascensión en gloria el precio de nuestra reconciliación, por tal motivo esta no se trata de lo que nosotros podemos hacer para obtener ese estado de paz con Él, se trata de lo que ya Cristo hizo por nosotros en la obra de redención. De esta manera ahora

que somos unas nuevas criaturas, que hemos sido reconciliados mediante Cristo y que nos encontramos en un estado de paz con Dios podemos ser hombres y mujeres de paz anunciando el evangelio de la paz, ¡Dios nos ha encomendado la Palabra de la reconciliación mediante Cristo!

(V. 20) “Por tanto, somos embajadores de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; en nombre de Cristo os rogamus: ¡Reconciliaos con Dios!” Sí, somos embajadores de Cristo, el texto griego nos dice que somos “presbeúo” (πρεσβεύομεν), es decir, literalmente ancianos, haciendo alusión a la costumbre antigua de los reyes, quienes comisionaban a un hombre sabio y experimentado de edad avanzada para que les representara ante otro país como mensajeros. Esto somos hoy los que estamos en Cristo, representantes y embajadores del Reino de los cielos con el evangelio como mensaje, estamos en este mundo representando a la patria más grande del universo, no con un mensaje de guerra, sino con una misiva de amor, misericordia, perdón y gracia. Así, queda claro que debido a la naturaleza y magnitud de nuestra ofensa, el único que podía pagar el precio de nuestra reconciliación es Cristo, Él efectivamente lo pagó y nos ha reconciliado con Dios, ahora como su pueblo le representamos como ancianos embajadores llamando a todos a que se acojan al periodo de gracia en el que el Padre ofrece perdón mediante la fe en la obra redentora de su Hijo.

Como embajadores tenemos la misión de hacer todo lo necesario para transmitir el mensaje de paz que es el evangelio, transmitir la buena noticia de salvación al mundo. Pablo usa el término “parakaléo” (παρακαλοῦντος), es decir, nos enseña que debemos llamar a los hombres a que se acerquen con confianza, invitarlos, implorarlos, amonestarlos, exhortarlos y exigirles suplicantemente que se reconcilien con Dios. “Este verbo es un mandato que nos dice que hagamos algo de una vez y para siempre; está en voz pasiva, pero no se especifica quién es el agente que debe responder a este mandato. Pablo ha usado el verbo *reconciliar* dos veces en voz activa, con Dios como sujeto de la oración (vv. 18-19). Así pues, Dios es quien inicia este proceso y, con respecto a la voz pasiva, él es su agente. Sin embargo, existe una analogía de la instrucción que Pablo da a la esposa que, separada de su marido, debe reconciliarse con éste (1 Co. 7:11). Si consideramos a esta mujer en un papel puramente pasivo, no habría razón para la exhortación de Pablo. De la misma manera, Dios es quien ha iniciado la reconciliación, por medio de Jesucristo, y ahora espera que el hombre responda... Dios

tiene la mano de la reconciliación extendida. Pero también, cada vez que cometan pecado y busquen el perdón, deben volverse a Él y comprobar que su mano sigue extendida (Kistemaker, 1997)".

En 2 Corintios observamos a Pablo ejerciendo su labor de embajador anciano sabio, él exhorta por el amor de Cristo a que ellos se reconcilien con Dios, ya que sus pecados contra él y contra la iglesia son en primer lugar contra Dios mismo. Vemos a Pablo que se dirige a sus hermanos en la fe no con la vara de la disciplina, sino una vez más con aquel amor en Cristo que les enseñó en su primera epístola en el Capítulo 13. También les recuerda su nueva identidad y posición en Cristo, ellos son los representantes del gran Rey, ahora el propósito de sus vidas es cumplir también el ministerio de la reconciliación siendo hombres y mujeres de paz, implorando al mundo que se vuelva a Dios. Esta enseñanza debe ser grabada en nuestro corazón, pues lo mismo que aplica a los cristianos de Corinto, aplica para nosotros hoy, de tal forma que una tremenda responsabilidad reposa sobre nosotros, somos ministros de la reconciliación y debemos entregar este mensaje con diligencia a todos los que nos rodean. Así que, "Aquí estamos, Señor, y los hijos que nos has dado a través de nuestro ministerio", "reconciliaos con Dios". Queridos jóvenes y ustedes personas de edad avanzada, que pronto deben irse, y ustedes en la mediana edad, "reconcíliate con Dios". "Como si Dios os suplicara por medio de nosotros, os rogamos, en lugar de Cristo, reconciliaos con Dios". ¡Dios te reconcilie consigo mismo, por el amor de su amado Hijo! (Spurgeon)".

Amén.

Bibliografía:

Hodge, C. (2000). Comentario a II de Corintios.

Barcelona: El Estandarte de la Verdad.

Kistemaker, S. J. (1997). Comentario al Nuevo Testamento 2 Corintios.

Grand Rapids, Michigan: LIBROS DESAFÍO.

Spurgeon, C. H. (s.f.). www.spurgeon.org.

Obtenido de <https://www.spurgeon.org/resource-library/sermons/the-ministry-of-reconciliation/#flipbook/>